

Reflexiones Universitarias

Oclocracia, democracia y universidad¹

Humberto Ruiz
e-mail: ruiz@ula.ve

Al llegar al medio cupón muchas personas consideran que han alcanzado las metas familiares y profesionales propuestas desde su juventud y sólo les queda sentarse a disfrutarlas. Otros piensan que hay que reevaluar sus vidas y centrar sus actividades en aquello que aún quieren realizar, desentendiéndose de aquellas que pueden ser cumplidas por los más jóvenes. Quienes hacemos vida académica tendemos a caer en esta última categoría. Así por ejemplo, a pesar de muchos años de estudio y preparación se nos hace tedioso dar clase en los primeros semestres o atender los laboratorios de pregrado con gran cantidad de alumnos, en situaciones de graves carencias y en ambientes docentes deteriorados. Pero, la vida académica es muy amplia y es un contrasentido desaprovechar a los jubilados o jubilables de la universidad que asuman su nueva condición para emprender o continuar actividades que fortalezcan la vida académica e institucional de la universidad.

Tengo una preocupación que espero me ayude a mantener activo como universitario y útil como ciudadano. Me inquieta comprender éste país. Pero no entenderlo con el propósito de cantar sus hazañas y particularidades; asumir un “pajarillo” como la más excelsa pieza popular musical. No. Es entenderlo para descubrir lo valioso que tenemos y ayudar a enfrentar, conscientemente, nuestras múltiples dificultades. Por supuesto, la preocupación es primordialmente una inquietud de conocimiento. Pero, también, un interés por realizar actividades y propiciar condiciones para mejorar como sociedad.

El rasgo más sobresaliente de la sociedad venezolana en el siglo XIX fue la belicosidad como asumió la ruptura del vínculo colonial con la Corona Española. En esa acción casi desaparecemos como sociedad y la clase dirigente por poco sucumbe ante la extinción de la guerra y el exilio. Eso de

montarse en un caballo en Cumaná para ir hasta el Alto Perú, dando batallas, o seguir a pie a un hombre, hasta Ayacucho, no es una actitud individual o social común. Por ello, no fue extraño que la fuerza del caudillo sucumbiera ante el raciocinio del estadista como característica fundamental de nuestra clase política en el siglo XIX y no es extraño que tengamos un solo Vargas frente al resto de los políticos. Releyendo a Vallenilla Lanz, quien afortunadamente está siendo revalorizado como intelectual y no como servidor del régimen gomecista, encontramos pistas para entender la oclocracia del siglo XIX. Régimen político sustentado en la fuerza de los grupos sociales más desposeídos y fundamentado en la figura del caudillo montonero que fue el modelo del político a imitar del siglo XIX.

El siglo XX trajo nuevas particularidades como sociedad dignas de destacarse. Contrario a lo que Mariano Picón Salas sostuvo, el siglo XX no comenzó a la muerte de Gómez sino –en nuestro criterio- cuando ganó la batalla de Ciudad Bolívar en 1903 y derrotó al último de los caudillos del siglo XIX. Gómez fue sin duda mucho más expresión de la Venezuela rural y oclocrata que de la Venezuela urbana y democrática. Pero, sin la paz que su larga tiranía impuso, no hubiésemos tenido una sociedad intitucionalizada que facilitara la implantación del régimen democrático, luego de su muerte. El ejército profesional, una clase política moderna con orientaciones ideológicas contemporánea y un Estado fuerte por el manejo de la renta petrolera no hubieran existido sin esos veintisiete años de dictadura. Por ello es que Manuel Caballero sostiene que Gómez fue un tirano liberal: propició con su dictadura las condiciones para implantar un régimen sustentado en la libertad. A su muerte la inmensa fortuna de Gómez ayudó a darle piso físico a muchas de las instituciones que andando el tiempo atendieron múltiples tareas sociales.

Pero, una democracia no se hace sólo por la voluntad de implantar un sistema de representación que se renueva cada cinco años. Es necesario formar ciudadanos. Por ello a comienzos del siglo XXI la posibilidad de perfeccionar nuestra democracia pasa por formar ciudadanos. Personas que sencillamente estén conscientes de sus derechos y también de que no es

posible exigirlos sin la contrapartida de los deberes. Sin embargo, frente a una Constitución y a vastos sectores políticos que exageran en los derechos y casi olvidan los deberes, la tarea de quienes no queremos ver al país regresar a la olocracia del siglo XIX, debe estar centrada en hacer un esfuerzo inmenso de comprensión y de acción para colocarnos en una ruta de mejoramiento de nuestra democracia.

En el último cuarto de siglo el país se ha empobrecido y es grave el deterioro institucional. Superar este cuadro tiene limitaciones por la escasa preparación de la población venezolana. El promedio de escolaridad de nuestra población escasamente llega al 6^{to} grado de la educación básica y de cada cien alumnos que comienzan el primer grado sólo 16 llegan a la educación superior. Pero, también los problemas de salud nos colocan ante situaciones que creíamos haber superado con epidemias controladas, a inicios de la década de los sesenta. Por esa razón, nuestro compromiso con la sociedad debe estar dirigido en varias direcciones. Una formar una clase dirigente –que en fin de cuentas son los egresados de la universidad– excelentemente preparada y comprometida en construir una sociedad mejor. Otra, relacionarnos institucionalmente con los niveles precedentes del sistema escolar para mejorar su desempeño, elevar el número de egresados y facilitar su ingreso al mercado laboral. Otra, crear las condiciones para que se desarrolle la capacidad científica y tecnológica del país que permita enfrentar los problemas del empleo, el mejoramiento de la salud pública, la preservación del ambiente, la participación política responsables. En fin, comprometernos no sólo en formar buenos profesionales sino hombres y mujeres responsables con el país y el mundo: ciudadanos.

¹ Publicado en el diario Frontera, viernes 19 de septiembre de 2003, p. 6-B.